

Almirante Oscar Viel: marino ilustre, colonizador infatigable y balmacedista



Por
M. Valentina
Arriagada Muñoz.

Escritora natalina y
 Docente en Inglés

Cuando nuestro Premio Nacional de Historia, Mateo Martín Beros, aceptó la invitación a la inauguración de la Academia de Historia Naval y Marítima que tendría lugar en Valparaíso allá por el año 1994, no imaginó el alcance que tendría su asistencia al solemne evento.

Relata en una entrevista que, durante el cóctel posterior a los discursos y el corte de cinta, se acercó a él el entonces comandante en jefe de la Armada de Chile, almirante Jorge Martínez Bush, seguramente puesto al tanto de la importancia del invitado. Durante la conversación y saliendo totalmente de los convencionalismos protocolares, Martín le preguntó: "Dígame, Almirante... ¿cuándo perdonará la Armada de Chile a Oscar Viel por haber permanecido leal al Presidente José Manuel Balmaceda en la guerra civil de 1891, mientras el resto de la Armada adhería a las fuerzas contrarias?".

Notando cierta extrañeza en el rostro de su interlocutor y habiendo estudiado a fondo el tema siendo muy joven, con motivo de sus tesis para recibirse de abogado, el historiador procedió a enumerar los méritos del extinto almirante y su contribución a la presencia de Chile en el estrecho de Magallanes y soberanía en la Patagonia Austral, en una larga conversación que mantuvo absorto al alto oficial hasta el momento de despedirse, entre impresionado y desconcertado.

Tal fue la fuerza y convicción de su relato, que meses después de aquel encuentro, el historiador recibió una carta personal del mismísimo comandante en jefe, anunciándole que la Armada de Chile había decidido bautizar con el nombre de Almirante Oscar Viel al buque rompehielos recién adquirido en Canadá y que entraría en funciones en 1995.

Vivencias tempranas

¿Cuáles fueron los méritos que impactaron tan fuertemente la opinión de la institución a

un siglo del fallecimiento de un oficial que parecía olvidado? Revisemos la historia casi desconocida de este entrañable personaje de la Armada de Chile.

Oscar Viel y Toro nació en Santiago 1837, en el seno de una familia que parecía predestinarlo desde la cuna a convertirse en un gran realizador. Por un lado su padre, Benjamín Viel Gomets, fue un condecorado general francés de destacada participación en la guerra de la independencia de Chile, llegó al país a luchar por el bando patriota luego de arriesgadas correrías castrenses en Europa, donde combatió contra las fuerzas napoleónicas en la célebre batalla de Waterloo. Por añadidura, su madre Luisa Toro y Guzmán, era nada menos que nieta de Mateo de Toro y Zambrano, presidente de la primera Junta de Gobierno de Chile. Ninguno de los padres de Oscar era precisamente joven al momento de su llegada al mundo.

Las historias de guerra oídas por Oscar Viel de primera fuente en las tertulias santiaguinas y los innumerables reconocimientos que ostentaba el despacho de su padre, el cual llegó a convertirse en un destacado político con importantes nombramientos en la patria naciente, lo llevaron a ingresar a la Academia de Guardiamarinas a muy temprana edad. Ya graduado, se embarcó en distintas fragatas y bergantines de expedición por las costas de Chile; se unió a la marina francesa y regresó al país a bordo de la corbeta Esmeralda, en su navegación inaugural hacia Chile desde los astilleros Henry Pritchard de Northfleet, Inglaterra.

Oscar Viel y su conuado Miguel Grau

Las relaciones fraternales que por aquel entonces existían con Perú, permitieron al joven oficial pasearse por encumbrados círculos de la sociedad limeña y conocer a las más cotizadas señoritas casaderas, surgiendo así un promisorio noviazgo con Manuela Cabero Núñez, hija de un miembro del Tribunal Mayor de Cuentas, llegando a formalizar una unión matrimonial. Pocos años después, la hermana mayor de ésta, Dolores Cabero, haría lo propio con Miguel María Grau Seminario, oficial de la marina peruana que se convertiría para Oscar Viel no sólo en su conuado y compadre, sino en un leal camarada y amigo aún en



Almirante Oscar Viel.

los aciagos años en que el destino los forzaría a enfrentarse en bandos contrarios.

Su primera experiencia en combate tuvo lugar en 1865, al desatarse la Guerra Hispano-Sudamericana. El resentimiento de la corona española tras las sucesivas campañas de emancipación en América Latina, cuya independencia aún se resistía a reconocer, sumado a las deudas impagas por Perú y el intento de desviar a España los recursos provenientes del guano a modo de resarcimiento, gatillaron el inicio de las hostilidades, con Chile aliado al país vecino y librando fuertes batallas navales en costas chilenas, donde Oscar Viel se desempeñó con eficiencia, valentía y alto sentido de mando, lo que al terminar la guerra le valió el reconocimiento del Presidente José Joaquín Pérez, quien lo designó gobernador del ignoto y lejano Territorio de Magallanes.

El joven Gobernador Viel en Magallanes

Con apenas treinta años, su esposa Manuela y dos hijos pequeños, el joven capitán de fragata navegó hasta lo que se conocía vagamente como el Territorio, considerado por el gobierno central como un páramo estéril e inútil, tan inhóspito que nadie quería llegar a parar ahí y que, por ende, era el lugar ideal para el envío de presidarios, relegados y los soldados peor calificados del Ejército, que cumplían la misión de marcar presencia chilena en el estrecho de Magallanes, único paso marítimo entre los océanos Pacífico y Atlántico. Ahí se había funda-

El asentamiento no generaba recursos propios, carecía de actividades económicas y dependía exclusivamente del envío de pertrechos para las tropas y los reclusos, que por irregular y escasa se evidenciaba en los andrajos que vestían unos y otros, sin mayores diferencias entre malhechores y soldados del Ejército de Chile, que ni siquiera contaban con calzado adecuado para sus funciones. Mucho más dignos se veían, en comparación, los indios tehuelches que de vez en cuando se acercaban intentando intercambiar pieles por licor o cualquier chuchería que les pareciera atractiva, pero que permanecían por demasiados días emborrachándose en los bodegones sin apuro alguno por marcharse.

Por lo tanto, podemos imaginar lo dantesco del panorama con el cual se encontró el recién nombrado e inexperto gobernador, que de seguro se había considerado afortunado antes de conocer en carne propia la realidad de su infausta destinación. Se le llamaba colonia, pero no había en ella colonos propiamente tales, tan sólo un puñado de almas llevadas ahí por la desventura, la marginación o la soledad, elemento humano con el cual no se podía contar para una soberanía digna ni menos pujante. Lo que pudo significar la desesperanza de muchos, se convirtió para el capitán Viel en la motivación de haber llegado a un rincón en el que su gestión haría absolutamente toda la diferencia, por lo que de inmediato se encomendó a la Virgen del Carmen para que le dé fuerzas en la más ambiciosa misión de su vida.

Territorio poblado de hombres solitarios

Desde hacía un par de años, el asentamiento era testigo del tráfico de marineros extranjeros que, habiendo desertado o sido expulsados de sus naves de origen, se habían asentado en Punta Arenas dispuestos a emplearse como tripulantes de embarcaciones loberas en el bien pagado negocio de la caza de lobos marinos, que operaba por esas latitudes sin regulación, Dios ni ley. Estos hombres solitarios de lenguas diversas, sin pasado confesable y dispuestos a todo, eran con frecuencia protagonistas de sangrientas reyertas en medio de borracheras colectivas en los galpones que servían de cantina, almacén y alojamiento.

El admirable esfuerzo colonizador de Viel

Amparándose en la Ley de Colonización de Terrenos Baldíos de 1845, que otorgaba al Presidente de la República la facultad de entregar seis mil cuerdas de terreno para ciudadanos naturales y extranjeros que quisieran desarrollar alguna actividad económica en el país, con un máximo de veinticinco cuerdas por familia en los territorios al sur del Biobío y que había dado estupendos resultados con la colonización alemana en Valdivia, Viel se propuso firmemente atraer nuevo y mejor material humano acorde a las exigencias, reclutando sesenta familias chilenas en Valparaíso y Ancud, a las cuales se ofrecieron atracti-

vos beneficios, con la condición de encontrar una ocupación honrada y útil que significase un aporte a la naciente colonia. Para su traslado, se gestionó el transporte en el vapor "Arauco".

Por primera vez, la futura ciudad tuvo diseño urbano; creó tres avenidas: Independencia, Libertad y Cristóbal Colón. Se trazaron manzanas con diez solares cada una para la edificación de las viviendas, las cuales fueron construidas por las mismas familias con materiales proporcionados por la autoridad.

Junto con estas medidas de carácter vial, tendientes a hacer del asentamiento un lugar digno y de progreso para sus habitantes, el diligente gobernador también preocupó de mejorar la escuela pública, la que para su sorpresa existía, pero sin continuidad alguna dada la falta de recursos y nulo interés de enviar a los pocos niños y adolescentes que habitaban el poblado, provenientes de familias analfabetas incapaces de educarlos en casa.

Para paliar esa dura realidad, contrató un preceptor cuyo sueldo era costado con fondos del erario nacional. También se implementó rápidamente un dispensario para la atención médica de los habitantes, a cargo de Arthur Martin, un irlandés exmédico de la Armada de Chile. Asimismo, se solicitó la presencia del boticario español Joaquín Myers, para la elaboración y administración del stock de medicamentos.

Actividades productivas de explotación

El descubrimiento de depósitos de carbón en las inmediaciones fue motivo de júbilo y celebración. Deseoso de convertir el reducto en un lugar productivo, Viel se encargó de promover la explotación inmediata del mineral, a fin de comenzar a ofrecerlo a la brevedad a los vapores que transitaban por el estrecho de Magallanes, generando así ingresos propios. A modo de anécdota, la primera venta que se realizó fue a los acorazados Huáscar e Independencia, junto a una flotilla de bandera peruana, que adquirieron una buena cantidad para continuar su navegación hacia el norte, por el Océano Pacífico.

El ocurrenente gobernador también estimó necesaria la instalación de un aserradero destinado a corte de vigas, postes y tablas, parte de los cuales fueron utilizados para mejorar las condiciones de habitabilidad en la colonia y toda la región, como asimismo incrementar la actividad mercantil, mediante la venta hacia el norte del país, con

las consiguientes utilidades que dicha empresa reportó.

Otro espaldarazo al poblamiento de la región fue el hallazgo de arenas auríferas en el río de las Minas, donde se realizaban las labores de extracción del carbón, al norte de la naciente ciudad, lo que acaparó el entusiasmo de muchos por algunos años. De este modo, Viel logró triplicar en poco tiempo la escuálida población característica del lugar, pasando a constituir una verdadera colonia, con más ciudadanos que presidiarios. Además, Punta Arenas fue declarada puerto libre, lo que favoreció la internación de mercadería, maquinarias y otros efectos necesarios para el progreso, pero sobre todo, la recalcada de los vapores que transitaban entre Europa y las costas del Pacífico, como los pertenecientes a The Pacific Steam Navigation Company, de tráfico regular.

A pesar de los grandes esfuerzos desplegados y las evidentes mejoras el gobernador Viel no se sentía satisfecho, pues el poblado seguía ofreciendo un panorama penoso, con un muelle pequeño y en mal estado, casas de pobre aspecto, calles barrosas, un potrero utilizado como plaza de armas en que pastaban los caballos y unas cuantas bodegas de abastecimiento que más se prestaban como antros de vicio.

Una apuesta visionaria

Viel tampoco estaba conforme con el resultado de la introducción de colonos chilenos; los consideraba quejumbrosos, desafiantes y poco productivos, por lo que estimó que urgente intentar atraer hacia Magallanes familias honradas y trabajadoras provenientes de Europa, de espíritu más laborioso y sacrificado. Para ello apeló al agente diplomático de Chile en Buenos Aires, Alberto Blest Gana, a fin de que éste reclutase el contingente humano idóneo para poblar aquellas desoladas tierras y conducir las por la ruta ascendente del progreso y el desarrollo. Entre otros incentivos, amén del traslado gratuito en modernos vapores, se ofrecía a cada grupo familiar un solar para edificar vivienda, una parcela contigua con 2 vacas y una yegua, materiales de construcción y víveres por 6 meses desde el arribo, pagaderos a tres años.

Así, entre diciembre de 1873 y marzo de 1874 fueron traídos desde Buenos Aires 173 colonos provenientes de Francia, Inglaterra, Alemania, España y unos pocos de Rusia, divididos en cuatro grupos, embarcados en los vapores Luxor, Sakkarah, Ibis y Memphis, de la compa-

ñía alemana Kosmos. Otro tanto había sido realizado con familias traídas de Suiza, con muy buenos resultados.

En el ámbito de la soberanía chilena en la Patagonia y el estrecho de Magallanes, desde hacía décadas venían produciéndose tensiones con Argentina por desacuerdos sobre los límites heredados del Imperio Español. En relación a la primera, la adjudicación por parte argentina de más de un millón de km² significaban una gran afrenta y pérdida territorial, por lo que comenzaron a sucederse las ocupaciones efectivas y los debates relativos a la titularidad jurídica de las tierras, recurriendo a artimañas como hacer a los tehuelches declarar su lealtad a uno u otro país, concediendo inclusive grados militares a quienes se manifestaran convenientemente dispuestos a declararse fieles a uno u otro país, como sucedió con el Cacique Casimiro Biguá, que dejó Buenos Aires convertido en teniente coronel y defensor de los territorios argentinos.

Respecto del estrecho de Magallanes, Chile reclamaba soberanía sobre el paso oceánico en toda su extensión, pretensión rebatida por Argentina, considerándose adjudicatarios de la entrada oriental del mismo, por el Océano Atlántico.

José Nogueira, un aliado y amigo

Con la ayuda de la embarcación "Anita", perteneciente al joven lobero y empresario portugués José Nogueira, realizó por encargo del ministro Adolfo Ibáñez el traslado vía marítima de los pertrechos necesarios para fundar un asentamiento chileno, a orillas de Río Gallegos en 1873, el cual no prosperó y hubo de ser desmantelado en menos de dos meses por acuerdo diplomático.

Este esfuerzo fundacional dio inicio a una gran amistad entre Oscar Viel y José Nogueira, quien demostró una adhesión absoluta a la aventura colonizadora de Chile. La vuelta de mano hacia el portugués quedaría sellada años después cuando Viel, haciendo uso de su cercanía con el Presidente Balmaceda, contribuye a que el Estado de Chile entregase a Nogueira la concesión de un millón de hectáreas en Tierra del Fuego.

En un ambiente de desconfianzas y tratados secretos por parte de Argentina, Viel declaró persona non grata a Luis Piedrabuena, marino argentino acaudado en Punta Arenas dedicado al comercio de ramos generales y acérrimo patriota empeñado en impedir la ex-

pansión chilena al oriente de la Patagonia.

La partida de Oscar Viel

La decisión de Viel de traer colonos extranjeros demostró ser un acierto, pues su presencia se hizo notoria en todos los ámbitos: el comercio, la vida social y la arquitectura de las casas que, construidas a modo de emergencia, pronto comenzaron a mostrar mejoras estéticas propias de estilos provenientes de diferentes rincones del orbe. Durante su administración, logró sacar a la ciudad de su condición de carga improductiva para el Estado. Por el contrario, era capaz de generar sus propios ingresos y autosustentarse gracias a la producción activa de pieles finas, plumas, carbón, oro, guano, sin mencionar abundante carne y hortalizas para el consumo, junto a un bullicioso comercio en ciernes.

Sin embargo, en octubre de 1874, fue sorpresivamente relevado de su cargo y reintegrado a sus funciones en la Armada de Chile, donde fue ascendido al rango de capitán de fragata y puesto al mando de una nave en Valparaíso. Culmina así un fructífero e impecable período de siete años con una misión cumplida a cabalidad, lo cual fue reconocido por sus superiores, subalternos y habitantes de Punta Arenas, que agradecieron su diligencia y preocupación, lamentando su partida.

La Guerra del Pacífico y los días aciagos de Balmaceda

Al estallar la Guerra del Pacífico (1879-1883), Oscar Viel participó en numerosas campañas marítimas como comandante de la corbeta "Chacabuco", siendo nombrado comandante general de Marina, así como Intendente de Valparaíso, en 1881, 1886 y en 1891, año infausto para la historia de Chile y para el Presidente José Manuel Balmaceda, cuyo gobierno sufriría un violento quiebre de la institucionalidad debido a sus desavenencias con el Parlamento, que terminó por destituirlo del cargo.

Una parte de la escuadra se plegó al movimiento anti balmacedista, movilizándolo sus naves hacia Iquique, ciudad donde se instauró una Junta Revolucionaria encabezada por el capitán de navío Jorge Montt. El Ejército de Chile se mantuvo fiel al Presidente, así como algunos altos oficiales navales, entre los cuales se contaba Oscar Viel. Las fuerzas de tierra aún favorables al Mandatario, fueron arrasadas en Concón y Placilla, en una guerra civil que cobró más de 10.000 víctimas y culminó con el suicidio del Presidente de-

rrocado en su habitación de la Embajada de Argentina. En los días de la asonada, Oscar Viel se desempeñaba como intendente de Valparaíso y tuvo noticias de cómo las tropas contrarias a Balmaceda sembraron de muertos los caminos de acceso a la ciudad, en un indescriptible afán revanchista.

Durante ese tiempo, todos los leales al gobierno saliente sufrieron múltiples vejámenes y saqueos en sus viviendas, optando muchos de ellos por vivir en la clandestinidad o exiliarse, como fue el caso de Viel, que abandonó su cargo para buscar asilo en Francia, donde falleció al año siguiente, el 1° de septiembre de 1892.

Los restos del noble oficial fueron repatriados a Chile, colocados en el Cementerio General de Santiago y, años después, restituido en sus honores en forma póstuma, como tantos otros en su misma situación.

El rompehielos que, gracias a la intervención del historiador Martinic fue bautizado con su nombre Almirante Oscar Viel (AP-46), operó entre 1995 y 2019 desde su puerto base en Punta Arenas. Sin embargo, por haber sido fabricado en la década del '60, sus altos costos de mantención determinan darlo de baja luego de 24 años de servicio en la Armada, siendo hundido por un misil durante ejercicios navales en conjunto con la Armada de Estados Unidos.

La ciudad de Punta Arenas, cuyos cimientos llevan grabados a fuego el nombre de su otrora gobernador, hoy se viste de gala para esperar la llegada del nuevo rompehielos también bautizado en su honor, pero esta vez construido íntegramente en Chile, en los astilleros de Asmar, en Talcahuano.

El nuevo coloso, el Almirante Viel (AGB-46) estará orientado a la investigación científica austral y antártica contribuyendo al estudio del impacto del calentamiento global, en conjunto con el remodelador Lientur y el patrullero Marinerio Fuentelba, una triada que enorgullecerá nuestra soberanía sorteando los mares bravíos como otrora lo hiciera el noble oficial.

Sólo queda repetir las bellas palabras de la madrina del buque, la doctora en ecología y ciencias medioambientales de la Umag Pamela Santibáñez, quien en la ceremonia de botadura de la unidad en las instalaciones de Asmar en Talcahuano realizada el 22 de diciembre de 2022 señaló: "¡Que Dios te bendiga! y que la Virgen, como mujer y Estrella de los Mares, te proteja siempre, al igual que a todas las dotaciones que te tripularán".